

INSTITUCIÓN EDUCAVA JUAN MARÍA CÉSPEDES
LENGUA CASTELLANA
GRADO NOVENO
NFORME DE LECTURA UNO

LEE EN FORMA DETENIDA LOS SIGUIENTES TEXTOS

FRIDA

De regreso al estudio. Otra vez, primer día de colegio. Faltan tres meses, veinte días y cinco horas para las próximas vacaciones. El profesor no preparó clase. Parece que el nuevo curso lo toma de sorpresa. Para salir del paso, ordena con una voz aprendida de memoria:

—Sacad el cuaderno y escribid, con bolígrafo azul y buena letra, una composición sobre las vacaciones. Mínimo una hoja por los dos lados, sin saltar renglón. Ojo con la ortografía y la puntuación. Tenéis cuarenta y cinco minutos. ¿Hay preguntas?

Nadie tiene preguntas. Ni respuestas. Sólo una mano que no obedece órdenes porque viene de vacaciones. Y un cuaderno rayado de cien páginas, que hoy se estrena con el viejo tema de todos los años:

« ¿Qué hice en mis vacaciones?»

«En mis vacaciones conocí a una sueca. Se llama Frida y vino desde muy lejos a visitar a sus abuelos colombianos. Tiene el pelo más largo, más liso y más blanco que he conocido. Las cejas y las pestañas también son blancas. Los ojos son de color cielo y, cuando se ríe, se le arruga la nariz. Es un poco más alta que yo, y eso que es un año menor. Es lindísima.

Para venir desde Estocolmo, capital de Suecia, hasta Cartagena, ciudad de Colombia, tuvo que atravesar prácticamente la mitad del mundo. Pasó tres días cambiando de aviones y de horarios. Me contó que en un avión le sirvieron el desayuno a la hora del almuerzo y el almuerzo a la hora de la comida y que luego apagaron las luces del avión para hacer dormir a los 17 pasajeros, porque en el cielo del país por donde volaban era de noche. Así, de tan lejos, es ella y yo no puedo dejar de pensar en ella un solo minuto. Cierro los ojos para repasar todos los momentos de estas vacaciones, para volver a pasar la película de Frida por mi cabeza.

Cuando me concentro bien, puedo oír su voz y sus palabras enredando el español. Yo le enseñé a decir camarón con chipichipi, chévere, zapote y otras cosas que no puedo repetir. Ella me enseñó a besar. Fuimos al muelle y me preguntó si había besado a alguien, como en las películas. Yo le dije que sí, para no quedar como un inmaduro, pero no tenía ni idea y las piernas me temblaban y me puse del color de este papel.

Ella tomó la iniciativa. Me besó. No fue tan difícil como yo creía. Además fue tan rápido que no tuve tiempo de pensar «qué hago», como pasa en el cine, con esos besos larguísimos. Pero fue suficiente para no olvidarla nunca. Nunca jamás, así me pasen muchas cosas de ahora en adelante.

Casi no pudimos estar solos Frida y yo. Siempre estaban mis primas por ahí, con sus risitas y sus secretos, molestando a los «novios». Sólo el último día, para la despedida, nos dejaron en paz. Tuvimos tiempo de tomar un granizado y de caminar a la orilla del mar, tomados de la mano y sin decir ni una palabra, para que la voz no nos temblara.

Un negrito pasó por la playa vendiendo anillos de carey y compramos uno para cada uno. Alcanzamos a hacer un trato: no quitarnos los anillos hasta el día en que volvamos a encontrarnos. Después aparecieron otra vez las primas y ya no se volvieron a ir. Nos tocó decirnos adiós, como si apenas fuéramos conocidos, para no ir a llorar ahí, delante de todo el mundo.

Ahora está muy lejos. En «esto es el colmo de lo lejos», ¡en Suecia! y yo ni siquiera puedo imaginarla allá porque no conozco ni su cuarto ni su casa ni su horario. Seguro está dormida mientras yo escribo aquí esta composición. Para mí la vida se divide en dos: antes y después de Frida. No sé cómo pude vivir estos once años de mi vida sin ella. No sé cómo hacer para vivir de ahora en adelante. No existe nadie mejor para mí. Paso revista, una por una, a todas las niñas de mi clase (¿las habrá besado alguien?).

Anoche me dormí llorando y debí de llorar en sueños porque la almohada amaneció mojada. Esto de enamorarse es muy duro...»

Levanto la cabeza del cuaderno y me encuentro con los ojos del profesor clavados en los míos.

—A ver, Santiago. Léenos en voz alta lo que escribiste tan concentrado.

Y yo empiezo a leer, con una voz automática, la misma composición de todos los años:

«En mis vacaciones no hice nada especial. No salí a ninguna parte, me quedé en la casa, ordené el cuarto, jugué al fútbol, leí muchos libros, monté en bicicleta, etcétera, etcétera».

El profesor me mira con una mirada lejana, incrédula, distraída. ¿Será que él también se enamoró en estas vacaciones?

EL DÍA QUE NO HUBO CLASE

Era domingo en su peor hora. Seis en punto de la tarde. Al otro día, colegio. A Juan Guillermo se le hizo un nudo en el estómago. Ahí en su cuarto estaba la mochila intacta, con todos los libros guardados, y las tareas sin hacer. Había pensado en hacerlas el viernes para salir de «eso», pero luego llegó Pablo y lo invitó a montar en bicicleta.

«Las hago el sábado por la mañana», pensó Juangui, pero el sábado se fue al mercado con la abuela.

«Las hago después», pero después era el cumpleaños de Silvia y después estaba tan cansado que dijo «mejor el domingo por la mañana», pero el domingo se levantó tardísimo y, para completar, daban buenos programas en la televisión y luego le tocó arreglar el cuarto y salir a almorzar y así sucesivamente.

Al final, nunca hubo tiempo de hacer tareas... Era domingo a la peor hora y el nudo en el estómago se enredaba cada vez más.

Entonces, para disimular los nervios, encendió la televisión.

—Sólo un ratito, por saber qué están dando y luego sí empiezo. Total, a esta hora nunca hay buenos programas. En la pantalla había una especie de mago: un mentalista famoso con turbante en Ja cabeza y acento extranjero. Doblaba una cuchara con las cejas fruncidas; el típico y viejo truco. La cuchara se dobló, Juan Guillermo, como tantos millones de televidentes, obedeció las órdenes del mentalista. Se fue a la cocina y trajo un tenedor. Hizo todo al pie de la letra. Frunció las cejas y cerró los ojos para sacar la energía magnética del cerebro y doblar las moléculas del tenedor. Nada. El tenedor no se inmutó. Juan Guillermo no pudo terminar su lección de energía magnética porque lo llamaron a cenar.

Después de la cena, el mentalista se había ido de la T.V. y en su lugar daban Guerra de Estrellas. La vio entera y después ya no hubo manera de hacer las tareas porque el sueño le cerraba los ojos.

—Mañana en La parada le pido a Andrés que me explique la tarea de matemáticas, por si me sacan a la pizarra. Con esa idea, se le quitó un poco el nudo del estómago y se durmió profundamente.

Adivinen con quién soñó... Pues con el mentalista y con sus ejercicios de control mental...

El lunes, a la peor hora: ¡seis en punto de la mañana! sonó puntual el despertador. Juan Guillermo se acomodó entre las mantas para despedirse del sueño y se despertó una hora más tarde con los gritos de mamá.

—Mira que si te deja el bus, el castigo es para mí porque me toca llevarte!

Y así fue. Juan Guillermo se tomó el chocolate sin pan ni jugo, se bañó en sesenta segundos, salió con la corbata en una mano y el peine en la otra y corrió sin parar, pero el bus ya iba en la otra esquina y no pudo alcanzarlo.

Así que volvió a casa, con cara de niño regañado y mamá, furibunda, con el pijama debajo del abrigo, salió rumbo al colegio repitiendo la misma cantaleta reservada para esas ocasiones,

«Que pasara algo y no pudiera llegar», pensó Juan Guillermo y, por pura casualidad, el coche dio tres estornudos y quedó parado entre una fila de coches, en plena calle principal, en plena hora principal.

Mamá se bajó con el pijama asomando debajo del abrigo. Pasó revista a todo el coche, desde las llantas hasta el motor, haciéndose la que sabía de mecánica pero el coche no se creyó el cuento y siguió paralizado.

«Pobre mamá», pensó Juan. Se veía tan ridícula con su cara de sueño y su pijama debajo del abrigo, que él intentó hacer algo. Se acordó del mentalista y le ordenó a las moléculas del coche que se arreglaran. Por pura casualidad, mamá le dio tres zapatazos a la batería y el coche estornudó tres veces y quedó perfecto. Pero ya era tardísimo y el tráfico estaba imposible.

—Llegas porque llegas —dijo mamá y siguió su marcha sin decir una palabra más.

Por fin, ¡a las ocho y veinte minutos! llegaron a la puerta de hierro del colegio. Juan se bajó sin un beso porque mamá seguía iracunda.

«Qué lunes tan lunes», pensó. Y deseó con todas sus fuerzas que ese día no hubiera clase.

Dentro todo estaba en silencio. El corredor, vacío de niños y las puertas de todos los cursos cerradas. Juan Guillermo avanzó, con el terrible nudo en el estómago, tratando de imaginar una buena disculpa para decirle al profesor.

Por fin llegó a Cuarto "B". A primera hora, matemáticas, le recordó el horario que estaba pegado fuera, y él no había hecho la tarea, ya sabemos por qué. Juan Guillermo pegó la oreja a la puerta para tratar de oír de qué iba la clase. El corazón le latía a mil por hora. Del resto, no se oía nada. Silencio absoluto. El estómago se le enredó del todo, en un nudo ciego. El silencio era síntoma de lo peor y lo peor era previa sorpresa. Y cero seguro para él.

Con toda la valentía que alcanzó a reunir en su cuerpo, Juan Guillermo Mantilla cerró los ojos, cruzó los dedos, recitó el famoso Sortilegio para que no haya colegio y se obligó a entrar a clase, de un empujón... Abrió la puerta y fue como si hubiera dado un salto al vacío.

Dentro no había clase. No había profesor ni alumnos. Ni pizarra, ni pupitres, ni armario, ni carteleras, ni techo, ni piso, ni paredes. Así como suena: no había clase. Detrás de la puerta, nada de nada. Cero absoluto, conjunto vacío. Todo un lunes por delante. ¡Todo un lunes, entero y nuevecito, y no había clase!

COMENTARIO DE TEXTOS

1. Plano externo: número de párrafos (texto1, texto 2)
2. Plano interno: tema. (Texto 1, texto 2)
3. Plano afectivo: cómo nos identificamos con los personajes y sentimientos que surgen de la lectura realizada. (Texto 1, texto 2)
4. Plano sensorial: Capacidad de respuesta a muy pequeñas excitaciones, estímulos o causas. (Texto 1, texto 2). Cómo influyen los textos en ti. (Manifestaciones de aprobación o desaprobación, cómo te estimulan y las causas probables de ello).
5. Elaboramos un corto resumen de los textos
6. Inventamos un texto que nos acerque al tema de cada texto.